

# El variado verso de José Alfredo Jiménez

**EDUARDO LANGAGNE**

En *Versos comunicantes III*, volumen que reúne entrevistas con poetas iberoamericanos, encontramos un comentario que Rubén Bonifaz Nuño hace a José Ángel Leyva, compilador del libro: “Si usted escribe con métrica clásica, digamos endecasílabos clásicos, va a ser muy difícil que diga algo, ya no digamos mejor, algo distinto a lo que dijeron los grandes poetas del Siglo de Oro español”.

Si bien las múltiples variantes rítmicas usadas por Bonifaz son un sólido soporte de su poesía, podemos recordar que tres de nuestros poemas canónicos de la pasada centuria fueron escritos sobre la base rítmica del endecasílabo: “Suave Patria”, de López Velarde, pinta ese intenso paisaje lírico a partir de una variedad de acentuaciones del verso de once sílabas; “Muerte sin fin”, de José Gorostiza, lo combina con heptasílabos, por ejemplo, y “Piedra de sol”, de Octavio Paz, lo desarrolla con maestría expresiva y un ejemplar rigor formal.

En alguna ocasión escuché decir que el himno nacional mexicano está mal medido, razón por la cual la melodía debe completar los “endecasílabos” alargándose en las vocales: es decir, según aquel comentario, la “falla rítmica” debe corregirse cantando: “tus sie-e-nes de oli-i-i-va” o “de la pa-az el arcá-angel di-vi-ino”. No es así: el himno nuestro, muchos himnos, están contruidos sobre el verso de diez sílabas al que, por su

acentuación, Tomás Navarro Tomás denomina decasílabo heroico. La música de Jaime Nunó, compuesta justamente para ser un himno, se acopló a la perfección con los versos de González Bocanegra, a pesar de que no hayan realizado juntos la tarea creativa. El bordado melódico hace que las vocales del texto se canten con esa característica musical, extendiéndose. En el “Ave María” de Schubert se escucha también cómo se repiten las vocales del canto sobre una melodía emotiva y serena. Desde luego, la extensión de las vocales en la melodía no es de ninguna manera un recurso para hacer más larga la frase “Ave María, gratia plena”, sino un adecuado bordado de notas sumamente conmovedoras.

Quiero partir de estos dos antecedentes para trazar un breve apunte a la diversidad rítmica que la lírica del compositor popular mexicano José Alfredo Jiménez



nos propone. Estimo probable que la memoria del lector pueda ayudar de manera interactiva a recordar —y acaso a cantar— las melodías de las letras que anoto. Sé muy bien que una letra de canción no es poema, pero esa mitad del producto estético sí puede producir una percepción poética, si bien la fuerza de su emoción toca inmediata, a veces superficialmente, la epidermis de la sensibilidad colectiva. Estoy convencido de que, de manera consciente o no, la canción popular tiene una influencia anímica en nuestras vidas. Y en este asunto de la diversidad rítmica, que a veces no pareciera ser una preocupación o empeño de la actualidad poética, quiero apuntar algunas características de las letras del compositor guanajuatense.

A partir de los testimonios que están a la mano, me aventuro a pensar que José Alfredo Jiménez componía preferentemente sus melodías sobre una letra ya escrita; deduzco también que ante la posibilidad de que letras con ritmos iguales dieran por consecuencia melodías demasiado parecidas, el guanajuatense se esmeró intuitivamente en darle variedad a sus acentuaciones y métricas para lograr con ello la obtención de melodías diferentes. Tal vez por ello el compositor consigue combinaciones con cualidades in-

dudables. Por ejemplo, “Ando volando bajo” es una letra lograda con cuatro medidas de verso distintas, de siete, ocho, nueve y diez sílabas: “Ando volando bajo” es un verso de siete sílabas; “mi amor está por los suelos” es de ocho. Más adelante, en el estribillo, canta: “tú y las nubes me traen muy loco”, que resulta de nueve; “tú y las nubes me van a matar”, de diez. No sé si la intuición de José Alfredo lo llevaba a medir los versos solamente en su oído, sin atender las diferencias de medida entre versos con finales graves o agudos, sin embargo el resultado es verdaderamente interesante. Más allá de lo que puede comentarse aquí de manera breve, sé que valdrá la pena un estudio más profundo de su lírica, porque el compositor propone en su obra un amplio catálogo de versos.

En fin, José Alfredo Jiménez intentó variadas extensiones del verso: hay en sus canciones ejemplos de seis a dieciséis sílabas. Los versos de diez sílabas, que, como vimos antes, funcionan adecuadamente en la escritura de los himnos y no son tan habituales fuera de ellos, menos aun en la canción popular, le sirvieron a José Alfredo para sus canciones. Estos versos decasílabos del guanajuatense pueden cantarse con las melodías de muchos himnos del mundo, incluida “La



Marsellesa”: “Es inútil dejar de que-  
rerte, / Ya no puedo vivir sin tu  
amor”. O entonces: “Hoy que quiero  
dejarla de amar, / No responden las  
fuerzas del alma. / Yo no sé dónde  
voy a acabar, / Pero yo ya no puedo  
olvidarla”. En otro ejemplo conocido:  
“Tómame esta botella conmigo / Y en  
el último trago nos vamos”. He aquí  
otro ritmo del verso de diez sílabas,  
que podemos encontrar en Rubén  
Darío, por supuesto: “Una gitana leyó  
en mi mano / que con el tiempo me  
adorarías; / esa gitana ha adivinado /  
pero tu vida ya no es la mía”.

En una lectura del Carlos Pellicer  
de “Horas de junio”, encontramos si-  
militudes en la concepción del ritmo  
del verso, en la manera de expresarlo:  
“Si hay algo en mí que valga es la  
amargura”, escribe el tabasqueño;  
“Amanecí otra vez entre tus brazos”,  
anota el guanajuatense. Los versos  
alejandrinos aparecen también quan-  
do canta: “Y me iré con el sol cuando  
muera la tarde”.

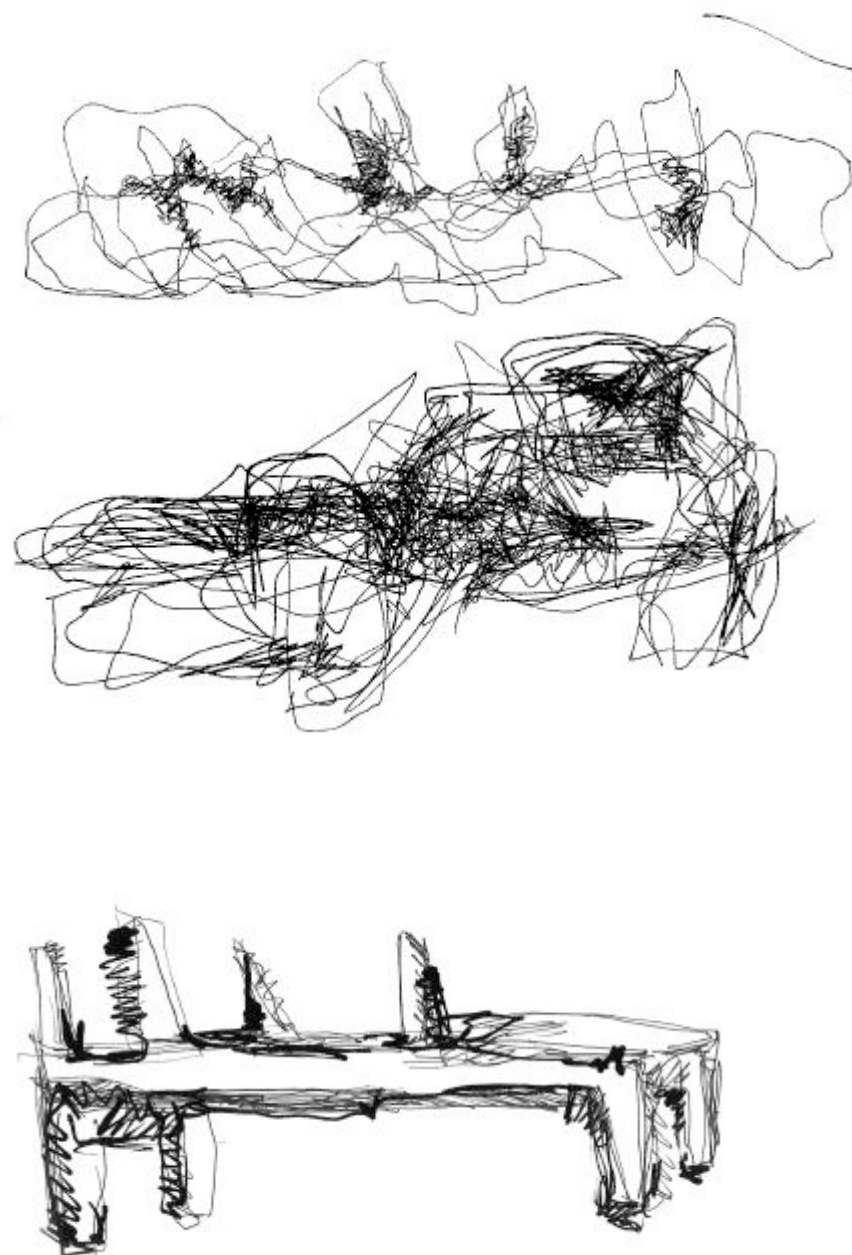
No sería fácil sostener que el com-  
positor haya realizado sistemática-  
mente lecturas de poetas, pero sí  
encontramos en algunos momentos  
coincidencias, o referencias más claras  
y evidentes en otros, como cuando  
Salvador Díaz Mirón está presente en  
“El derrotado”: “Ya ves yo no renie-  
go, / Y a todos tus insultos / Lo que  
dijo el poeta / Te voy a repetir: / Exis-  
ten aves que cruzan el pantano / Y no  
se manchan, / Y tú sabes mujer / Que  
mi plumaje es de éstos”.

Hay diferencias entre la letra de  
una canción y un poema, desde lue-  
go; el poema guarda su propia músi-  
ca, su música ceñida a la acentuación,  
al metro, etcétera; la canción tiene  
otras posibilidades ya que la melodía  
se elabora con alturas de sonido. En  
un país como Brasil, donde la música  
popular, denominada MPB (música  
popular brasileña), tiene una enorme  
relevancia como expresión de identi-  
dad nacional, se han discutido las di-  
ferencias entre letra y poema. Hace  
poco leí en un diario brasileño que en

los textos hechos para música, la  
palabra vive artificialmente la con-  
dición de *escrita*. Es verdad que pa-  
ra el lector de poesía muchos,  
muchísimos textos de canción, sin  
su música, son simplemente ina-  
ceptables.

Los poetas y compositores de  
Brasil han pensado, junto con los  
críticos, en las diferencias. Ya se ha  
dicho que el poema se completa  
cuando es leído, y puede ser leído  
en voz baja, interna, aural. La letra

en cambio se realiza en la canción,  
pero la canción sólo se realiza cuando  
es interpretada, cuando es bien can-  
tada y cuando es escuchada... El  
compositor Arnaldo Antunes sugiere  
que un poema es un objeto autotéli-  
co, tiene su fin en sí mismo, y una le-  
tra de canción es heterotélica, puesto  
que no tiene su fin en sí misma. Lo  
cierto es que una letra es indisociable  
de la melodía, y es verdad que existe  
una especie de depreciación de la le-  
tra sola en relación al poema escrito.



Pero *lo poético* puede estar presente en la canción y en el poema. Un poeta tan influyente en su generación como Vinicius de Moraes jugó en las dos canchas con igual fortuna, y es que una orgullosa victoria de la canción se da cuando la gente sintetiza una situación vital con la frase: “Como dice la canción”.

Para mí, la canción y el poema son simplemente dos productos estéticos diferentes. Me interesa la poesía en todas sus significaciones y posibilidades: por una parte los poemas escritos, una indeleble huella cultural; por otra parte la poesía sonora, el poema elaborado y producido con la ayuda de recursos tecnológicos de vanguardia; y

sin duda alguna, la indispensable poesía popular, incluido el verso improvisado que los trovadores de toda Iberoamérica organizan con maestría envidiable.

Estoy seguro de que la búsqueda rítmica representa una característica reconocible y singular en la enorme y emocionada obra de José Alfredo Jiménez. No propongo que sus canciones se incluyan en las antologías poéticas, pues siempre haría falta la música y una estructura del texto tal vez más concentrada y connotativa, menos oral, pero supongo que los poemas que escribimos en este tiempo podrían seguir experimentando las amplias posibilidades de nuestro verso en español y tal vez no anclarse demasiado en el conocido endecasílabo. ~

## Breve catálogo de versos de las canciones de José Alfredo Jiménez

- Versos hexasílabos (de seis sílabas): “Qué bonito amor, / Qué bonito cielo, / Qué bonita luna, / Qué bonito sol”. O bien otra acentuación usada en nuestra tradición de lengua española: “Tú sabes que mi alma / Vivió entre tus brazos / La historia de amores / Que tanto soñé. / Tú sabes paloma / Que me haces pedazos / Si el día de mañana / Me pierdes la fe”.
  - Versos heptasílabos (de siete sílabas): “Dame un poco de ti, / No te vayas así, / Te lo estoy suplicando”. Y además: “Cuando llegue el momento / De decirnos adiós”.
  - Versos octosílabos (de ocho sílabas): “Tú sabes que soy parejo, / Ya te lo dije una vez: / Si yo no te causo penas, / No quiero que me las des” (con pareados agudos). O la muy conocida “Camino de Guanajuato”: “No vale nada la vida, / La vida no vale nada”. Y otra variante rítmica del propio verso octosílabo que aparece en “Cuando el destino”: “No vengo a pedirte amores, / Ya no quiero tu cariño. / Si una vez te amé en la vida, / No lo vuelvas a decir”.
  - Versos enesílabos (de nueve sílabas): en este caso, combinados con versos de diez sílabas, a causa del final agudo de los versos pares: “Despacito, muy despacito, / Se fue metiendo en mi corazón. / Con mentiras y cariñitos, / La fui queriendo con mucho amor”.
  - Versos decasílabos (de diez sílabas): Además de los ya citados en el cuerpo de la nota, aquí tenemos otro ritmo del verso de diez sílabas, del que podríamos además sugerir que los versos nones proponen combinaciones pentasílabas: “Ando borracho, /
- Ando tomando, / Porque el destino cambió mi suerte. / [...] / Una gitana / Leyó en mi mano / Que con el tiempo me adorarías; / Esa gitana / Ha adivinado, / Pero tu vida ya no es la mía”.
  - Versos endecasílabos (de once sílabas): “Amanecí otra vez entre tus brazos / Y desperté llorando de alegría. / Me cobijé la cara con tus manos / Para seguirte amando todavía”.
  - Versos dodecasílabos (de doce sílabas): “Éste es el corrido del caballo blanco / Que en un día domingo feliz arrancara. / Iba con la mira de llegar al norte / Habiendo salido de Guadalajara”. Y en otra conocida canción: “Por tu amor que tanto quiero y tanto extraño, / Que me sirvan una copa y muchas más”.
  - Versos tridecasílabos (de trece sílabas): “Se me acabó la fuerza de mi mano izquierda. / Vas a tener el mundo para ti solita”.
  - Versos tetradecasílabos (de catorce sílabas, alejandrinos): “Y me iré con el sol cuando muera la tarde”.
  - Versos pentadecasílabos (de quince sílabas): “La distancia entre los dos / Es cada día más grande”. Las constantes combinaciones de versos octosílabos y heptasílabos dan por resultado las quince sílabas.
  - Versos hexadecasílabos (de dieciséis sílabas): Se localizan en la menos conocida canción “El desesperado”: “Yo no sé si tú me quieres o tal vez me hayas querido, / Pero lo que sí te digo es que soy un hombre fiel. / Tú serás siempre mi dueña, moriré por tu cariño, / Y a salud de tus recuerdos no he dejado de beber”.